INTRODUCCION A LA CULTURA CATÓLICA

CAPÍTULO PRIMERO

TEMA: **Propósitos del curso. –La labor intelectual y la situación del país.**

-I-

Este curso inicia el tercer año de actividades del Centro Platense de Estudios Universitarios.

Nosotros queremos realizar, según hemos señalado tantas veces, una tarea de creación intelectual y no de mera repetición. Y la creación, aunque sea mínima y modesta, tiene el significado importantísimo de poner en movimienro los resortes más íntimos del espíritu y de posibilitar un acto de comunicación mucho más importante que la mera transmisión de un saber ya masticado centenares de veces. Pero, como lo hemos sostenido, no sólo en estos cursos, sino en mucha otras oportunidades, y en la que fue nuestra cátedra de la Facultad, una tarea creativa implica la capacidad de estar en contacto con las fuentes, porque de otro modo no se puede hacer, ninguna labor semejante en el orden intelectual. En cuanto a las tareas creativas en el orden político, que dependen de aquella, no pueden hacerse sin un discernimiento crítico de la realidad, con toda la audacia que implica esclarecer el momento presente, yendo a todas las raíces del pasado, no solo a aquéllas que están en un inmediato pasado "creativo" que dió esta realidad.

En una palabra, la tarea creativa en el orden intelectual, implica el contacto con las fuentes y la tarea creativa en el orden político, implica el discernimiento y crítica de las fuentes históricas de la Nación, que nos ha tocado "en suerte" o, como dirían los griegos, que constituye nuestra "moira", nuestra parte que no podemos ceder. En el año 1958, en circunstancias cuyos detalles no interesan ahora, un grupo de jóvenes inició la tarea del Centro Platense de Estudios Universitarios, con el deseo de plantearse algunos problemas de índole formativa, en un sentido profundo. Como consecuencia de esta iniciativa y de estos propósitos, se realizó un primer curso destinado a tratar el tema: "El Humanismo y la Cultura". Sus fuentes, su historia y su desarrollo.

En la ciudad hay muchos lugares, donde podría realizarse una tarea intelectual de este tipo. Pero nosotros no somos admitidos. No lo digo como crítica a nadie. Lo digo simplemente como descripción fenomenológica de una realidad que debe conocerse. Por lo tanto somos un poco como los animales salvajes. No tenemos morada fija y nadie nos acepta. Y en esas circunstancias debemos continuar la obra. Desgraciadamente tales circunstancias implica que no podemos alcanzar la organización plena que esta base merece, es decir hacer crecer la formación humanística de los jóvenes en cursos ya más complejos, y establecer un horario adecuado para muchos que no pueden realizarla conjuntamente.

El principio de la formación universitaria no está dado por la acumulación de cátedras. En realidad muchas universidades europeas constan de muy pocas cátedras, que dirigen en profundidad la tarea formativa del alumno, su capacidad de investigación y su vínculo con la cultura. La organización de una Universidad con este criterio es en realidad algo sumamente simple y factible; lo que nosotros estamos tratando de hacer es

volver a las fuentes de la Universidad que es, en la clásica definición, la reunión de maestros y discípulos con voluntad de aprender. Pero la voluntad de aprender implica la inmediata subordinación. Subordinación que no es la pérdida de voluntad del alumno, sino vínculo de su inteligencia con la del maestro que esclarece. Desde luego si no hay maestros que esclarezcan es en vano que el alumno ponga su voluntad en una honesta actitude de oyente. De cualquier modo la forma de la Universidad, en el sentido estricto y filosófico de la palabra, es la jerarquía subordinada de la inteligencia no iluminada a la inteligencia iluminada, y para evitar equívocos, uso la palabra iluminada en un sentido natural y racional, y no en un sentido místico y profético.

A través de una disciplina en el saber, ha conseguido la luz del saber, que debe transmitirse según métodos científicos estrictos. El alumno a su vez debe someterse a ese método para conseguir el fruto de la subordinación perseguida que es la posesión de la cumbre intelectual. Si no hay esto, no hay Universidad. Esta fue la concepción de la Universidad en la Edad Media: la transmisión del saber desde el maestro iluminante al discípulo iluminado. Precisamente esto es lo que está negando la Universidad Argentina, en todas sus esferas, estantes y niveles.

Por eso mismo preferimos mantenernos en un orden fundamental, en un orden arcaico, dando a la palabra arcaica su sentido etimológico, es decir, de los principios, no de un orden viejo; en todo caso si es viejo, será porque los principios también lo son; y aunque son viejos no están envejecidos. Debemos mantenernos en un orden arcaico, o de los principios; y ello implica que desde esa fuente debe procurarse simultaneamente el especulativo, es decir el orden de las ciencias, el orden de la filosofía, de la teología, o de la que fuera, y el orden práctico es decir, el orden de una construcción de la sociedad justa donde se realice la trasmisión de la formación universitaria al servicio de una sociedad humanística, pero cuyo centro no está en el hombre, sino fuera de él. Estos propósitos, tal vez pretensiosos, son sin embargo urgentes, porque el país se encuentra ante una profunda crisis, la sociedad se construye como una empresa, que dirigen determinadas idealogías políticas. El país en cambio debe prolongarse como una tarea creadora, lo que supone una doble exigencia: desde el punto de vista intelectual, el contacto con las fuentes; y desde el punto de vista de la tarea histórico-política, el contacto con sus fuentes históricas, a fin de realizar una tarea discriminatoria de lo vivo y de lo muerto en la Nación.

Hay muchas cosas que se defienden y que están muertas; y hay muchas otras que no se defienden, y son las que deberían seguir vivas. Esta tarea de análisis y separación es fundamental para que no nos arrastren a este abismo al que en realidad estamos inclinados ya, pero frente al cual, como ante una especie de peligro inminente, la inteligencia es capaz de erguirse y realizar su tarea propia. En consecuencia pues, el Centro de Estudios continuó durante el año 59, su tarea, por así decir, diversificada. Entonces se organizaron un curso sobre "significación de la palabra", y luego un curso sobre "significado y sentido de la historia"; y se iniciaron además cursos críticos de Historia Argentina.

Además esta sociedad e jóvenes se propuso realizar otra tarea por medio de una revista; en el año 1959 salió la Hosteria Volante, que representa un orden de preocupaciones, que deben ser, por así decir, concretadas por escrito. Y ofreció las páginas de esta revista a un grupo de gente inquieta, que por cierto tiene ya eco en muchos sectores del país. Es una revista moderna; modesta en todo sentido. Pero no por

modesta deja de tener el mismo propósito de ir a las fuentes, en el sentido ya dicho. Se organizaron conferencias con el propósito de tratar otros temas para un público más amplio. Iniciamos pues el año 1960 con la mismas intenciones, y la consiguiente perspectiva de seguir siendo estudiantes vagabundos, porque no tenemos donde estar ni trabajar.

Esta es entonces una síntesis de lo que hemos hecho por una parte, y por otra, de lo que tenemos que hacer este año. Lo dicho desde luego está revelando una tenacidad que el oyente debe valorar, en un sentido, por supuesto, generoso, y así le pedimos. Es decir, debe darse cuenta de los esfuerzos que implica la conjunción de esta tarea, son mucho mayores de lo que supone. Los sacrificios que hacemos todos, los que estudiamos, los que hablan y los que organizan para que se produzca este encuentro en esta ciudad desolada, son demasiado importantes para que quede todo en el vacío. Nosotros realizamos la tarea de producir el encuentro, pedimos a los demás que colaboren en el mismo, trayendo gente nueva o transmitiendo nuestras ideas o combatiéndolas de frente y francamente. El combate de las ideas es lo mejor, con tal que sea franco y no farisaico. Por tanto no esta en problema que no sean aceptados nuestros planteos, concretamente mis planteos, ya que en este caso no puedo hablar en general, sino individualmente. Sé que alguno de éstos no son aceptados por mucha gente, y es lógico. No hablo "ex cathedra", porque no tengo autoridad para ello; hablo simplemente como un profesor que ha estudiado un tema y viene a transmitirlo, parte el pan que ha sabido encontrar o que procura encontrar; si lo parto defectuosamente, otro lo enseñará mejor. Pero que lo haga de frente y que diga, en esto está equivocado por tal razón; y si es posible publicamente para poder debatirlo de la misma forma. Así fue la Universidad de la edad Media y así se instauraron las grandes disputas públicas que dieron origen a los grandes maestros, a los grandes discípulos. No se hizo tampoco en el ataque insidioso aludiendo a elementos que no tienen nada que ver con el orden de las ideas. Yo defiendo ideas, señalo fuentes y hago una interpretación de las mismas. Que otro venga y me diga: esa fuente es incompleta; hay esto, esto y esto. Si es así habrá que aceptarlo, porque resulta un elemento incontrovertible.

Este año además, por razón de las circunstancias cada vez más difíciles en que se desenvuelve la convivencia general y particularmente en la que atañe a la Universidad, me ha parecido oportuno señalar en un cursillo, que se titula Introducción a la Cultura Católica, una serie de problemas que se refieren simultaneamente a los dos aspectos señalados; al aspecto de las fuentes en el orden intelectual, y al de las fuentes históricas del país. En ambos casos la opinión del disertante debe ser distinguida de lo puesto en conocimiento por así decir, de los elementos objetivos del problema. En el desarrollo de una relación intelectual, tenemos dos etapas fundamentales: el profesor trae los elementos. Señores hay tales y tales cosas; a las que da una interpretación. Sres después de estudiar esto, creo tales y cuales cosas. Pero lo más importante no es la opinión del profesor, por más respectable que esta sea; si no que es saber si el catedrático trae elementos de primera mano y si acostumbra a hacerlos manejar al alumno. Esto es lo más importante, porque aquí radica la riqueza y la multiplicidad de posibilidades que abren una relación intelectual. En cuanto a las opiniones del profesor, están en el orden de las opiniones es decir, son discutibles. Pero en cuanto a la presentación de los elementos hay que ponerse de acuerdo sobre la importancia y jerarquía de los mismos, antes de entrar en un debate que resultaría ocioso, si se limita al mero cambio de opiniones. En cambio

puede ser un debate fructífero, si se centra sobre la consideración de aquellos elementos previamente establecidos, considerados o puestos en conocimiento.

Desde el punto de vista hay mucho que hacer en la educación del país. Mucho que hacer, porque la educación, particularmente la superior, en cuyo nivel estamos colocados desde luego, adolece de una gravísima falta: que consiste en ser una formación netamente palabrera. Por eso constantemente he señalado la necesidad absoluta de que el alumno haga una doble tarea: primero que se capacite por medio de los instrumentos intelectuales para hacerlo. Segundo, que maneje elementos de primera mano. Si el alumno no se pone en esa tarea, será vano lo que el profesor pueda realizar; y por otro lado, si este se limita a una repetición o a una disquisición manualística, en el peor sentido del término, nos transformamos en un pueblo incapacitado intelectualemte para crear, sometido a los cánones de una transmisión repetitiva, que no alcanza a darse cuenta en que consiste la relación de la inteligencia con la relidad y que tiende a trasladar esa falsa relación al orden politico. De allí la consolidación del carácter colonial de nuestro régimen. La crisis del país es una crisis de la inteligencia; ella arranca de su más profundo pasado histórico. Es necesario que las geraciones jóvenes lo adviertan para corregirla de acuerdo con sus fuerzas, su visión y su capacidad. De todos modos es necesario verlo. No podemos vivir de aquel pasado como si de suyo transmitiera una condición imperecedera de la historia. Ese pasado, repito, tiene muchos elementos muertos y muchos elementos vivos. Se trata de discernir y al discernirlos se trata de realizar el doble acto importantísimo en una sociedad que pretende prolongarse en la Historia. La primera es recibir y acrecentar la tradición; y la segunda hacerlo con una actividad creativa y no repetitiva. Si una tradición se transmite en una actitud repetitiva, llega un instante en que perece totalmente. Nosotros estamos al borde de esto, y por ello entre muchos se ha despertado la conciencia de salvar esa tradición. No salvarla como una fortaleza inexpugnable, que debiera ser transferida rigidamente, sino salvarla recreándola: recreándola en un amplísimo sentido. Recreándola desde el punto de vista espiritual. Recreándola desde el punto de vista social-político, creando un nuevo estado y eliminando el viejo régimen, y recreándola desde el punto de vista de los vínculos concretos que posibiliten el nacimiento de una nueva convivencia. Si no hacemos esto, el otro camino es el del bolchevismo. Porque la historia no tiene a esta altura de las cosas, muchas posibilidades.

II-

Los hombres han forjado hasta cierto punto el itinerario de las cosa humanas, y han matado, tal vez, la diversidad de posibilidades que podían dares en siglos anteriores. De modo pues que al establecer esta alternativa trágica entre recrear la tradición para salvarla, o repetirla para que muera, creo que la elección no es dificil. Desde luego me doy cuenta que la alternativa que expongo, no será clara ni aceptable para muchos. Interesa saber si en ella hay términos que puedan ser aceptados, para aclarar algo de lo que nos pasa. Esta situación nuestra es parte del estado general en que vive el mundo de occidente. Y a este propósito quiero traer un testimonio que me parece muy importante y que quizás podamos aplicar a nosotros en forma muy concreta. Es por así decir, un testimonio. Me refiero por un lado al discurso del Cardenal Ottaviani (enero de 1960) y por otro lado al libro de un ex oficial del servicio secreto soviético convertido al catolicismo: “Rechtauf Gewissen” (Derecho a la conciencia) de Nicolás Chechlew.

El Cardenal Ottaviani en su discurso del 7 de enero del 60, pronunciado en la Iglesia Santa María de Roma, en ocación de un oficio religioso por la *Iglesia del Silencio*, se refirió en términos generales a lo que considera como falta de conciencia en el mundo occidental. Falta que el Cardenal describe en términos tan duros, tan dramáticos y tan vívidos que uno no sabe si el orador sagrado anuncia en realidad otra cosa. Esa falta de conciencia en el mundo occidental cristiana es señalado por el Cardenal en relación con la conducta de este mundo respecto de los que sufren y estan esclavizados. Sobre todo subraya la situación indecorosa, insostenible e indigna de quienes, según dice, no cesan de tender la mano al nuevo o a los nuevos anticristos, tratando de hallar un “modus vivendi” en detrimento de los esclavizados, sin tener la menor noción de aquellos que sufren, que son perseguidos y aniquilados, precisamente en nombre de una gran mentira. Analiza este equívoco en término que son realmente trágicos, y llega a la conclusión de que las naciones cristianas de occidente han perdido la conciencia. Si no la han perdido del todo, ésta sin embargo ha disminuído tanto que el Cardenal Ottaviani da una voz de alarma: ha llegado el momento de recuperar esa conciencia, de actuar de acuerdo con ella, y no pactar con el enemigo, innoblemente, contra aquellos que en definitiva, por encima de todas las dificultades temporales, están unidas con nosotros, mucho más que los que dentro de nuestra propia frontera, son en potencia nuestros verdaderos esclavizadores.

Frente a este testimonio está el libro del Capitán Nicolás Chechlew publicado en 1959, que se refiere a la conciencia de Oriente, el cristianismo, no el Lejano Oriente búdico o indú, y más en concreto el oriente ruso o el sometido a esta esfera.

El Capitán Nicolás Chechlew hace el relato de su experiencia para demostrar que se estaría despertando la conciencia en el oriente. Según él el bolchevismo ruso había sido vencido ya en el orden de las conciencias, pero no en occidente, sino en el oriente; en donde la cruz del bolchevismo ha traído un despertar de la conciencia tan poderosa, que desde el punto de vista espiritual, afirma el autor, es decir: como filosofia, el bolchevismo ha sido vencido. Falta que sea vencido como estructura política-social-estatal.

De modo que si comparamos las dos descripciones nos encontramos con una paradoja. Un Cardenal de la iglesia acusa a occidente de la falta de conciencia; un ex comunista del servicio de espionaje soviético, en sus confesiones al centrar su conversión nos dice que ésta es un signo de que la conciencia se está removiendo en oriente, y que esa situación es signo de que el bolchevismo está vencido.

La historia de este hombre es realmente dramática; en 1954 fue enviado por el Servicio Secreto Soviétco a la ciudad de Francfort para dar muestra allí al jefe de la organización de inmigrantes rusos. En los preparativos de esta misión parece que intervinieron la esposa y el hijo del oficial, los cuales estaban ya convertidos al catolicismo. Solo esto, sin entrar en mayores detalles acerca del libro , revela algo extraño: ¿cómo una mujer, esposa de un oficial del Servicio Secreto del Estado Soviético, se ha convertido al catolicismo? La instancia de la fe en esta familia católica presionan tanto la conciencia de Chechlow que en lugar de cumplir su misión se presenta a quien debe asesinar y le relata la verdad; le pide además que se salve, que debe huir porque el régimen bolchevique quiere eliminarlo. Y de esta experiencia surge el libro publicado el año pasado que se llama “Derecho sobre la conciencia” en que Chechlow hace el análisis de la situación interior del mundo bolchevique.

Para terminar esta comparación voy a citar dos párrafos del Cardenal Ottaviani y luego otros dos de la introducción del libro de Chechlow, para ver el paralelismo que describe, aplicable luego a lo que nos está pasando a nosotros.

El Cardenal dice que uno de los párrafos más nítidos: “No se siente la mínima repulsion en tender la mano al nuevo anticristo. Por el contrario, hay una especie de controversia para ser el primero en estrecharle la mano y cambiar con él una amigable sonrisa. Los políticos y hombres de los puestos más responsables saben perfectamente cual es el abismo que tienen delante y cual es el estado de esclavitud. Pero cooperan y toleran las iniciativas del esclavizador, cuando no ocurre como en el caso de ciertos intelectuales que están al servicio de los perseguidores con la esperanza de zafarse en el momento oportuno”, (y esta es la situaciónde occidente).

En cambio dice el ex capitan soviético: “Espiritualmente, en tanto que en filosofía, el pueblo ruso ha vencido ya al comunismo. No ha de pasar mucho tiempo, sin que lo venza también como organización política. El frente transcurre ahora en el corazón de los hombres y nada puede detener quizás la caída del inhumano sistema. Pues, bajo los golpes se abren de nuevo precisamente aquellas energías que los comunistas consideran inexistentes: la conciencia, el honor, la honestidad y la validez de una ley moral. En nuestra edad en que el cinismo es una moda, podrán parecer tales energías insignificantes frente a la potencia del estado Soviético; pero está vencida ya espiritualmente”. (y esta será la situación de oriente).

La paradoja que resulta pues de leer estos textos es en realidad la paradoja que nosotros vivimos.

He traído esta cuestión antes de entrar al comentario de lo que será el programa de nuestro curso, porque me parece importante dejar claramente establecido que nuestra lucha no es respecto a un frente, que corre como frente físico aquí o allá.

Nuestra lucha es respecto a un frente espiritual. En este frente se han mezclado las fuerzas. Por eso podemos repetir con Chechlow: el frente pasa por los corazones y las mentes.

En nuestro caso, es decir en el caso de la Argentina, esa lucha se complica, porque en nuestra situación presente asistimos al derrumbe de una mentalidad. Una mentalidad que mantuvo a la nación en una determinada línea. Y al mencionar el derrumbe de ésta no me refiero a la “mentalidad positiva, liberal”, sino que también a la cristiana-católica. En otras palabras la mentalidad liberal es incapaz de mantener a la nación en la línea del neoliberalismo o como quiera que se llame; a su vez las estructuras de la mentalida católica son incapaces de prolongar el estado presente por una consistencia interna católica, de la tradición católica, establecidas en las raíces mismas de la Nación.

Estamos pues ante una alternativa trágica que es preciso discernir. Por lo tanto nuestra situación se agraba, ya que no tenemos ni la experiencia concreta de la esclavitud, como los pueblos orientales, donde existe una presión según nos dice el ex capitán soviético y donde produce un resultado contrario: despertar aquellas energías que parecían inexistentes, la conciencia, el honor, la honestidad y la ley moral. Nosotros vivimos por el contrario en un clima de ablandamiento que inexorablemente llevará a la experiencia de la esclavitud.

El problema, sin embargo, no es saber cuándo llega la experiencia de la esclavitud, sino que se hará cuando se concrete ésta; por ello es necesario plantearse desde ya esta situación, a saber: la quiebra del liberalismo y la quiebra del catolicismo.

Cuando digo quiebra del catolicismo no se trata de una frase que he inventado. Pertence a un alto prelado de la Santa Sede y fue escrito para el Pontífice Pío XII en un informe sobre el catolicismo de Hispanoamérica.

La quiebra del liberalismo implica pues la destrucción de todas las instituciones que los liberales pretendieron crear como una permanencia dentro de la historia; y la quiebra del catolicismo significa la eliminación inexorable en las raíces de la nacionalidad, de algo que la ha constituído como tal, por lo menos en un período determinado.

Esta situación agrava pues el hecho de que no poseamos un frente. El frente pasa por las mentes, or los corazones. Y en consecuencia, en medio de esa atmósfesra de ablandamiento, estaremos propensos a creer que el mero acto histórico de existir significa que hemos superado los problemas, cuando en realidad, ahora, aquí y en estas circunstancias, y así como estamos, está señalando que simplemente se prolonga el estado de derrumbe del liberalismo y del catolicismo. De esta decadencia no puede resultar sino una experiencia de la esclavitud bolchevique.

Estos elementos deben ser tomados en cuenta también emn la tarea intelectual, ya que el intelectual no es un hombre que vive en las nubes, aunque deba vivir con los ojos mirándolas, que es cosa muy distinta. El intelectual debe tener la tendencia al orden especulativo, para señalar las raíces inclusive de la historia, pero debe tener también el arraigamiento de la tierra, sin lo cual su tarea puede desembocar en un desprecio por el hombre. Ese arraigamiento, esa unión de tierra y espíritu, lo distingue frente al ímpetu de una inteligencia que podríamos llamar “tecnológica” la cual está inclinada al dominio pero no a la transfiguración de la tierra.; quiere dominar la tierra, y no transfigurarla.

El arraigamiento a la tierra corre también un peligro; el de circular por una vía que no es precisamente la que hace florecer la tierra. Todas estas situaciones se dan en nuestro medio. Podemos resumirlas así: derrumbe de la tradición católica, o de su mentalidad; derrumbe del liberalismo que estructura, en los últimos siglos, una apariencia de Nación. Ausencia de un frente claro, que por el hecho de ser claro, sea formativo; y, finalmente, invasion de la Nación por una inteligencia tecnológica, que corre el riezgo de hacer perder la última posibilidad de señalar el verdadero camino según el cual debe construírse la comunidad histórica.

El curso se titula “Introducción a la Cultura Católica”. Conviene decir previamente en que consiste el curso: en realidad tiene como objetivo discriminar el contenido y la estructura de la cultura católica y establecer cuales son sus fuentes; por ello en el programa se han indicado diversas relaciones: culto y cultura, Biblia y cultura, teología y cultura, etc. Cada uno de estos tópicos constituye un contenido de la “cultura católica”, pero cada uno de esos contenidos es un acto siempre creativo, y en la medida en que se unan “tradición” y “creación”, al nivel de tales vínculos, en esa medida existe “cultura católica”.

Me propongo analizar algunos problemas inherentes a cada uno de esos tópicos, para mostar que los que llamamos “cultura católica” es algo muy definido en cuanto a sus fuentes y a su significado, o es nada. Cada una de esas relaciones bilaterales, no consiste en una mezcla de elementos difusos, ensamblados de modo diversos, a los cuales se les insufla un supuesto espíritu católico. La cultura católica tiene sus propias fuentes, sus propias estructuras y su propio sentido; y precisamente lo que no ha habido en el país, ni hay ahora, es “Cultura Católica”. Desde ese punto de vista nuestra meta sería crearla,

para enfrentar el doble derrumbe al que aludía antes: el del liberalismo y el de la defectuosa mentalidad católica.